

Título Sociedad contemporánea, egoísmo y juventud. Reflexiones en torno a las actitudes egoístas de los jóvenes de hoy en el marco de la modernidad radicalizada

Tipo de Producto Publicación Científica - Revista encrucijada americana de Chile

Autores Maioli, Esteban

Código del Proyecto y Título del Proyecto

A14S17- Tendencias egoístas en los jóvenes de hoy; sus consecuencias en los vínculos familiares y sociales

Responsable del Proyecto

Barimboim, Diana G.

Línea

Psicología Educacional y del Desarrollo

Área Temática

Psicología

Fecha

2015

INSOD

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas
Proyectuales

UADE 

Sociedad contemporánea, egoísmo y juventud. Reflexiones en torno a las actitudes egoístas de los jóvenes de hoy en el marco de la modernidad radicalizada

Mg. Esteban Maioli
UADE
estebanmaioli@live.com.ar

I. Introducción.

La sociedad contemporánea se caracteriza por la reconfiguración de las estructuras sociales tradicionales, expresadas en la existencia de un ordenamiento institucional más o menos estable, desde el cual las prácticas sociales de los agentes bien informados son significadas y re-significadas. No obstante, la época actual, caracterizada por la incertidumbre y el riesgo (Beck, 1998) conlleva necesariamente a una revisión de las pautas de significación que conforman el universo simbólico, el cual opera como marco institucional para la asignación de sentido de las prácticas sociales. Las sociedades globales (Castells, 2003) se caracterizan por la desestabilización de las estructuras institucionales tradicionales, y la emergencia de un ordenamiento nuevo. De esta manera, resulta pertinente preguntarse por el modo en el cual las nuevas generaciones, formadas y socializadas en el contexto de la sociedad global, asumen una cantidad de actitudes distintivas de las generaciones previas. En particular, resulta de interés preguntarse por aquellas actitudes que conducirían a una carencia de integración social, en especial, por la generalización de actitudes centradas en el “sí mismo” que podrían ser calificadas como “egoístas”.

En este sentido, debe entenderse por egoísmo, pues, una consideración individual de cálculo racional en el desempeño de las prácticas sociales que conduce a una prescindencia de la consideración de “los otros” en la actualización de tales actividades. De este modo, el “egoísmo” se observa en aquellos casos en que los agentes sociales privilegian la consideración por el “sí mismo” frente a la consideración por los “demás”. Este punto de partida puede dar cuenta, pues, de una plétora de aproximaciones teóricas e implicaciones prácticas, que pueden abarcar desde la

reflexión ética (el privilegio de modos de comportamiento moral egoístas frente a conductas altruistas) hasta la consideración política. Sin embargo, el artículo pretende revisar una cierta “fenomenología” del egoísmo, considerando como unidad de análisis a los miembros de la generación histórica actual. En virtud de ello, analiza los datos empíricos recolectados en el marco de una investigación inter-disciplinaria conducida en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Argentina de la Empresa, durante el año 2014, en el ámbito geográfico de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. La pretensión de la investigación tuvo, en primer lugar, la identificación de tendencias egoístas en los jóvenes de hoy, y su impacto en la conformación de sus relaciones sociales con los grupos de pertenencia más cercanos, tales como la familia y el grupo de pares.

II. Acerca de las configuraciones culturales en el contexto de modernidad radicalizada.

El punto de partida de la reflexión sobre las tendencias egoístas de los jóvenes en el contexto de las sociedades contemporáneas debe ser la identificación de los elementos específicos y peculiares de las configuraciones culturales en el contexto de la modernidad radicalizada (Giddens, 1997). Esta denominación, acuñada por el sociólogo y psicólogo inglés refiere al carácter peculiar que asumen las sociedades modernas en el estadio de desarrollo concreto a partir de la generalización del proceso de globalización social.

De este modo, las configuraciones culturales asumen características diferenciales en el marco de los procesos de globalización, que resulta menester indagar y revisar a la luz del problema de investigación. Debe entenderse por configuración cultural el modo peculiar en el cual se conforma una “apropiación” concreta por cierto colectivo social de los elementos generalizados de la cultura hegemónica o dominante, anclada en un espacio-tiempo. De esta manera, entender la cultura como un proceso históricamente constituido implica necesariamente hacerlo desde dos perspectivas distintas, pero complementarias. Por un lado, en términos del punto de vista individual, la cultura es el resultado (a la vez que el marco que habilita) de la propia biografía. En este punto, la

socialización como proceso de internacionalización de la cultura implica la transmisión intergeneracional a nivel subjetivo e individual de los códigos de significación compartidos. La socialización exige la existencia de la interacción entre el agente que está incorporando tales códigos y agencias socializadoras (sean estos funcionarios institucionales o incluso instituciones, tales como los medios de comunicación masiva) (Giddens, 1997). Por otro lado, en términos colectivos, la cultura se conforma en el seno de la vida social, y por ello, la interacción entre los agentes sociales es el proceso social originario de toda cultura. Sólo a partir de la vida social es posible pensar la producción de cultura. La concepción constructivista de la vida social (Berger y Luckmann, 2003) advierte, sin embargo, que no sería posible ninguna interacción si no existiese ese marco de significaciones socialmente compartido. De modo tal que, desde la perspectiva colectiva, la cultura no sólo es producto, sino condición de posibilidad de la propia interacción social. La existencia de códigos de significación compartidos no debe llevar a la confusión de que la “producción” de cultura se encuentra libre de luchas y disputas; por el contrario, el espacio social de producción cultural o apropiación simbólica del sentido es, sin dudas, un espacio de lucha en donde ciertos grupos sociales compiten por la imposición de sentido, por la conformación de cierta hegemonía.

La constitución histórica de las tramas de significación compartidas, es decir, de la cultura entendida desde una perspectiva semiótica (Margulis, 2009), es mejor entendida cuando se analiza la misma en términos diacrónicos. El análisis de las diferencias intergeneracionales de los códigos de significación puede ser sumamente ilustrativo y enriquecedor respecto de las transformaciones que asume la cultura a lo largo del tiempo. En este sentido, es posible asumir que las distintas generaciones históricas asumirán códigos de significación distintos, incluso cuando los mismos han sido el objeto primordial de transmisión por medio del proceso de socialización.

Por ello, es posible advertir que cada generación histórica asume, produce y reproduce elementos simbólicos, normativos y valorativos distintos. Una generación histórica es un grupo identificable de población que comparte años de nacimiento, y significativos

eventos de la vida en etapas críticas de su desarrollo y socialización. Son aquellos quienes comparten experiencias históricas o sociales, cuyos efectos son relativamente estables a lo largo de sus vidas. Estas experiencias tienden a distinguir una generación de la otra por afectar, a grandes rasgos, la forma que tienen de ver el mundo, sus valores, perspectivas y capacidades. Pilcher (1994) define “generación histórica” como un agregado de personas de similar edad que involucra participación en las mismas circunstancias históricas y sociales. Estos eventos significativos que ocurren durante la maduración, como una guerra, una época de prosperidad o de crisis económica, la innovación tecnológica, o eventos incluso más específicos, tales como un atentado terrorista o un gran desastre natural, son importantes porque, aun inconscientemente, influyen en la formación subsecuente de las actitudes y los patrones de comportamiento de quienes están en etapa de desarrollo al momento de tales eventos (Pilcher, 1994). Mientras que personas de varias edades atraviesan y viven los mismos eventos, la edad a la que uno se expone a actos políticos, cambios tecnológicos o sociales, determinará cuán fuerte se instalen en su sistema de la personalidad y la cosmovisión de cada uno construye de manera cotidiana, en el decurso de su vida diaria.

Con ello resulta necesario, entonces, comprender que la cultura no es un “todo” acabado ni monolítico; por el contrario, se encuentra en permanente resignificación. Es probable que el análisis de los códigos compartidos por una generación histórica y otra revele las importantes diferencias entre cada uno de ellos; si bien existe un basamento común, lo cual habilita la posibilidad de interacción entre las distintas generaciones, también resulta cierto que los modos de significar las prácticas sociales, de apreciar o incluso conocer, pueden asumir características distintas. Con ello se revela de modo más claro el carácter histórico de la cultura. Por ello, señala Margulis (2009) que:

“(…) el aspecto central de la definición [de cultura] propuesta se presenta en la palabra código. Desde el comienzo del tratamiento de este concepto queremos enfatizar que lo usamos en una connotación flexible y no con la

rigidez que se le criticó al estructuralismo francés de mediados del siglo XX (...) la cultura está siempre relacionada con la sociedad y su acontecer histórico: la cultura cambia y se modifican permanentemente sus códigos (...) los códigos tienen historia y están en permanente transformación” (Margulis, 2009: 33).

Las reflexiones previas permiten advertir que la concepción de cultura desde la perspectiva constructivista (Berger y Luckmann, 2003; Bourdieu, 1997; Giddens, 1984) considera a la misma en su carácter dinámico, de permanente cambio y resignificación.

En este sentido, y para revisar los procesos de conformación de la cultura, resulta importante recuperar el concepto de “configuración cultural” elaborado por Grimson (2011). El antropólogo argentino señala que el concepto de configuración cultural resulta adecuado para integrar tradiciones teóricas diversas desarrolladas a lo largo de la consolidación de la Antropología como disciplina social. Estas diversas tradiciones han considerado de modo distinto al concepto de cultura. En su etapa fundacional, la cultura fue considerada en un carácter meramente instrumental, entendiendo que ocupaba un rol fundamental en los procesos de conformación de las identificaciones, pero generalmente aplicados a un modelo de sociedad homogénea que empíricamente no existe en la actualidad. Por otro lado, el desarrollo del constructivismo social en las diversas disciplinas sociales, y en particular en el campo de la Sociología, resalta el aspecto constitutivo de lo social que reviste la cultura. Desde esta perspectiva, se advirtió que en los procesos de conformación de lo social no existen instancias de pleno consenso entre los actores sociales, sino que lo social es espacio de disputa, de luchas por apropiación del universo simbólico que permita legitimar relaciones desiguales de poder, de autoridad, o bien de heterogeneidad. El concepto de configuración cultural es un intento por incorporar estas distintas perspectivas teóricas en un concepto operacional, a la vez con suficiente grado de abstracción, que permita la indagación científica sobre la cultura.

De este modo, es necesario realizar una advertencia. La referencia a la noción de cultura no debe conducir al error de considerar que efectivamente existe una única cultura. Estas reflexiones vertidas en torno a la cultura deben conducir a una revelación primordial: existen muchas culturas, todas ellas con similares modos de producción y reproducción, todas ellas en pugna y conflicto. De allí que sea más pertinente reflexionar sobre la idea de configuración cultural. “Configuración implica que allí donde las partes no se ignoran complementemente entre sí, allí donde integran alguna articulación, hay un proceso de constitución de hegemonía” (Grimson, 2011: 45). Al utilizar la noción de configuración cultural, se intenta realzar las objetivaciones de las relaciones de poder existentes en toda relación social. Si se entiende que la configuración cultural es la sedimentación de ciertas relaciones sociales, la noción de hegemonía permite vislumbrar el “triunfo” de ciertos sentidos comunes, frente a la subordinación de otros. Frente a la posible confusión de comprender el carácter invariable de esta conformación, la configuración cultural enaltece, al mismo tiempo, el carácter intrínsecamente conflictivo de la conformación de sus elementos constitutivos. No obstante, “es necesario distinguir los procesos de conflicto que trabajan dentro de los límites hegemónicos de los que trabajan en las fronteras de la hegemonía sobre esos mismos límites, buscando transformarlos” (Grimson, 2011:46).

Ya se ha señalado que el concepto “cultura” admite múltiples significaciones. Es un concepto polisémico de difícil definición, en tanto que su sentido ha ido cambiando con el tiempo y sus alcances y limitaciones se encuentran históricamente condicionados. El conjunto de las Ciencias Sociales utiliza el concepto de cultura, sin establecer acuerdos claros sobre su significado; el conocimiento de sentido común también atribuye significaciones particulares a la idea de cultura. Un motivo de la dificultad de encontrar una definición común se debe al carácter omnipresente del concepto de cultura. “La cultura está presente en todos los niveles de la vida humana: en la identidad, en las manifestaciones y características de todo grupo humano, en el pensamiento del hombre y en sus producciones y prácticas de todo tipo” (Margulis, 2009: 13).

La definición de cultura es siempre problemática, señala Margulis (2009) por su carácter abstracto, y por la importante diversidad y complejidad de los temas que abarca. Asimismo, en tanto que los conceptos también son producciones culturales, los mismos se encuentran anclados a ciertos contextos específicos de producción y significación, de modo tal que lo que en cierto contexto pudo haber sido entendido como cultura, no necesariamente implica que sea entendido de igual forma en otro ámbito distinto. Ciertamente, el caso del concepto de cultura es ejemplificador de ello: su alcance original dista mucho de la significación actual del concepto. Mucho de ello se explica a partir de la consolidación de los distintos campos del conocimiento que refieren a la noción de cultura para definir sus objetos de conocimiento: la emergencia y consolidación de ciertos campos del saber a partir del siglo XIX en adelante ha conducido a que el concepto de cultura sea disputado por distintas disciplinas académicas, al tiempo que cada una de ellas asigna sentidos distintos al concepto. Incluso dentro de las propias disciplinas, el concepto de cultura se ha resignificado, dando cuenta también de los procesos de transformación de las mismas disciplinas científicas. Tal como señala Margulis (2009), el concepto de cultura se encuentra muy utilizado por casi todas las disciplinas sociales; sin embargo, no todas ellas intentan delimitar sus asignaciones de sentido. Asimismo, el sentido común, forma de conocimiento que opera como insumo fundamental del conocimiento académico de las ciencias sociales, también dificulta la posibilidad de arribar a una definición precisa del concepto de cultura.

La construcción social del sentido (Bourdieu, 1987) son procesos sociales de enorme complejidad, en tanto que los mismos no se encuentran exentos de disputas y luchas por la asignación de tales significados. Tal como señala el sociólogo francés, las luchas por la construcción social del sentido son luchas simbólicas. Estas disputas pueden asumir un carácter objetivo, tanto colectivo como individual. Piénsese, por ejemplo, en los modos de manifestación en el espacio de lo público de un colectivo social, o bien en el modo peculiar de la presentación individual en la vida cotidiana. No obstante, las luchas simbólicas también asumen un carácter subjetivo, dado que:

“se puede actuar tratando de cambiar las categorías de percepción y de apreciación del mundo social, las estructuras cognitivas y evaluativas; las categorías de percepción, los sistemas de clasificación, es decir, en lo esencial, las palabras, los nombres que se construyen en la realidad social tanto como la expresan, son la apuesta por excelencia de la lucha política (...)” (Bourdieu, 1987: 137).

A partir de lo explicado previamente, es posible, pues, señalar que la actual configuración cultural presupone la existencia de elementos de continuidad con configuraciones culturales previas, al mismo tiempo que implica la existencia de elementos novedosos, producto de la resignificación a partir de condicionantes estructurales tales como el desarrollo tecnológico, modos de conformación de las estructuras económicas y políticas peculiares, etcétera. Las últimas décadas se han caracterizado por la erosión de los Estados-Nacionales ante el avance del capital financiero; la revolución de las tecnologías de información y comunicación, las cuales han reconfigurado notablemente la forma que asume el capitalismo; y el avance del conocimiento como elemento fundamental que organiza no sólo el proceso productivo, sino también la forma de institucionalización de la estratificación social a nivel global. Todo ello es generalmente categorizado bajo el concepto “globalización”.

En el campo de la Sociología han proliferado perspectivas teóricas diversas que han intentado caracterizar el contexto social actual, al tiempo que revelar las continuidades y rupturas con las configuraciones culturales previas. En este sentido, Bauman (1999) señala que la globalización social se caracteriza por una administración del tiempo distinta de las configuraciones anteriores. La celeridad y la inmediatez son privilegiadas por los agentes sociales, lo cual implica un modo distinto de manejo del tiempo. Mientras en el contexto de modernidad el tiempo ya había sufrido una transformación significativa (en tanto que el mismo no se encontraba sujeto a la dinámica “natural” del día y la noche, sino al pretendido dominio del hombre sobre el mismo, manifestado en el control de los procesos productivos, en la actualidad la extensión del desarrollo tecnológico ha habilitado que las categorías tradicionales de la interacción social

(espacio y tiempo) se desvirtúen, o al menos, se resignifiquen. En este sentido, Giddens (2000) ha sido quien ha profundizado sobre el efecto de la globalización en la vida cotidiana. El mundo globalizado es, en sus palabras, un “mundo desbocado”, en el cual las estructuras institucionales modernas ya no operan con el mismo grado de eficacia para la significación de la vida diaria de los agentes sociales, socialmente situados en un espacio-tiempo que se encuentra sometido a permanente reasignación de sentidos. Castells (2003), por su parte, también señala que la sociedad globalizada implica una reconfiguración de las estructuras institucionales habilitadas en la emergencia de la Modernidad. Tales reconfiguraciones se observan tanto en las instituciones económicas (la transformación del capitalismo industrialista en un capitalismo informacional), en las instituciones políticas (con la erosión de la capacidad de los Estados Nacionales de ejercer el monopolio físico y simbólico en los límites de su territorio) e incluso en las instituciones familiares (a partir de la crisis del patriarcado occidental y la aparición de nuevas formas de organización de la familia). Todo ello, conduce, pues, a la emergencia de una nueva configuración cultural que supone, a su vez, la existencia de una nueva subjetividad de los agentes sociales.

Desde este marco estructural de conformación del imaginario social es necesario, pues, analizar la conformación de una subjetividad diferencial de las generaciones actuales, es decir, de la juventud situada en la delimitación espacio-temporal contemporánea. La revisión de los aspectos estructurales del ideario social contemporáneo resulta necesario para la identificación de las transformaciones que, a nivel subjetivo, son internalizadas y actualizadas por las nuevas generaciones en el curso de su vida cotidiana.

Es destacable el aporte de Mark Mcrindle y Emily Wolfinger (2010), que nos recuerdan que anteriormente una generación era definida como el intervalo de tiempo promedio entre el nacimiento de padres y de sus hijos. Mientras que esta definición sirvió en el pasado a los sociólogos, es irrelevante hoy en día, pues las características de los más jóvenes cambian tan rápido en respuesta a las nuevas tecnologías, cambios de carrera, y opciones de estudio, que dos décadas es una etapa demasiado amplia para definir una generación. Por esto, las generaciones son definidas sociológicamente antes bien

que biológicamente, y definiendo el corte aproximado en 15 años. Los autores, citando a William Strauss y Neil Howe definen una generación como un grupo de personas que comparten un tiempo y un espacio en la historia que los lleva a tener una “persona colectiva”.

Otro punto destacable de los autores, es que resaltan que debido a la globalización, ampliamente posible gracias a las nuevas tecnologías, las juventudes alrededor de todo el mundo (aunque en distintos grados, como veremos posteriormente), son tocadas por los mismos eventos y desarrollos: Son recurrentes usuarios de las redes sociales y las tecnologías online, están viviendo un crecimiento sin precedentes de sus poblaciones, y están más financieramente acomodados y formalmente educados que las generaciones que los precedieron. En palabras de los autores, “Tenemos una generación que accede a los mismos sitios web, mira las mismas películas, descarga las mismas canciones y es influenciada por las mismas marcas”. Hoy en día, tenemos la primera generación “global”, por lo que podemos hablar de sus características en forma global, teniendo por seguro, que aunque sea en mayor o menor medida, son compartidas por todos alrededor del mundo.

Es difícil decir que el mundo no está cambiando, sobre todo en este agitado siglo XXI, y ese cambio se percibe sobre todo en las actitudes, comportamientos, y cosmovisiones de los más jóvenes, aquellos que aportan su particular manera de ver y pensar las cosas del mundo cotidiano. Ciertos autores y teorías plantean que este cambio y actitudes particulares no se deben a que pertenecen a “generaciones distintas”, sino que es simplemente parte del proceso de maduración, y que eventualmente, cuando los chicos crezcan adoptaran en general visiones más parecidas a las de sus padres. Por el contrario, muchas investigaciones, algunas de las cuales se mencionan en el presente trabajo, han demostrado que efectivamente hay algo más que el proceso de maduración, sino que las características espaciales y temporales que ocurren durante la niñez efectivamente influye sobre la visión, los valores, las perspectivas y hasta las capacidades de cada nueva generación. Estas características especiales se mantienen a lo largo de la vida, aunque efectivamente el proceso de maduración termine por

influir, pero no de modo absoluto. Citando a McCrindle y Wolfinger (2010), “por supuesto que las juventudes de todas las edades tienen características similares, como un estilo de vida experimental, cuestionamiento del status quo, e idealismo, no se puede decir que los jóvenes de 1970 son iguales a los de 1990, y mucho menos a los jóvenes de hoy en día. Mientras que la edad influye en el comportamiento y las actitudes, mayores impactos son generados por la cultura en la que uno vive su juventud, así como los eventos clave que ocurren durante los años de formación. Citando un viejo dicho, las personas deben más a sus tiempos que lo que deben a sus padres. Debido a diferentes tiempos, condiciones, y marcadores sociales, las distintas generaciones tienen diferentes aspiraciones y visiones del mundo, aunque la edad a la que expresan esas aspiraciones no deje de influir.

III. El egoísmo. Una mirada sociológica del fenómeno.

Generalmente, se considera que el egoísmo es una característica individual del sistema de la personalidad de los actores. Sin embargo, si se considera el marco referencial del constructivismo social (Berger y Luckmann, 2003; Bourdieu, 1997) como un modelo teórico legítimo para la integración de las perspectivas teóricas holistas e individualistas en el campo de estudio sociológico, se puede asumir que la categoría “egoísmo” es, pues, una construcción social como tantas otras. De este modo, el egoísmo, entendido como una actitud personal que se asume en el curso de la vida cotidiana, puede ser objeto de análisis sociológico, en términos de intentar identificar los condicionantes sociales e históricos que conforman su significación “actual” en el seno de una cierta configuración cultural (Grimson, 2011).

La noción de egoísmo, pues, desde una perspectiva sociológica, se encuentra fuertemente vinculada a la idea de cooperación (en tanto podría, en primera instancia, presuponer que la presencia del primero anula la posibilidad de la segunda) y de racionalidad (en tanto que la existencia del primero podría ser el resultado de un “cálculo racional” en términos de la segunda). La tradición sociológica fundacional y clásica de la Sociología no ha trabajado específicamente la idea de egoísmo, sino más bien elementos conceptuales que se encuentran íntimamente vinculadas con ella.

Hoyos (2013) entiende por egoísmo a una actitud del agente social que presupone la anteposición de la maximización de su propio beneficio y/o la búsqueda de la satisfacción de sus propios intereses por encima de cualquier otra consideración práctica. Entre estas otras múltiples consideraciones, la que resulta más significativa al momento de conocer la actitud egoísta es el conjunto de prácticas sociales vinculadas a la maximización del bienestar colectivo y los intereses que estos “otros” (colectivo) pudiesen tener o manifestar, tanto expresa como implícitamente. No obstante, Hoyos (2013) entiende que es necesario asumir que las actitudes egoístas asumen un gradiente que es posible, e incluso necesario, diferenciar. En este sentido, explica que:

“no es igualmente egoísta quien busca el bienestar de los otros porque eso es conveniente para su propio bienestar, al egoísta que sólo busca su propio bienestar, o al egoísta, ya más extremo, que busca su propio bienestar a costa del bienestar de los demás. Con todo, es relativamente fácil de aceptar y de constatar de modo empírico que la falta de cooperación y la insolidaridad, que también pueden darse en grados, por supuesto, son manifestaciones, o consecuencias, prominentes de comportamiento egoísta. (Hoyos, 2013: 25).

Por otra parte, Hoyos (2013) señala que la solidaridad es un tipo peculiar de cooperación que se origina a partir de la ayuda que necesita uno de los participantes de la interacción en virtud de hallarse en una situación desventajosa. Al mismo tiempo, entiende que la cooperación debe ser entendida como un término más extenso, en tanto que admite la interacción sin que ninguno de los actores involucrados se encuentre en posición de desventaja con respecto al otro. Por ello, se implica de esta distinción que la solidaridad presupone un desafío al principio del interés propio que orientaría una interacción fundada en el ejercicio de la racionalidad, en tanto que dicha solidaridad se implantaría a partir de un principio valorativo que juzgaría como “malo” el hecho de no ofrecer ayuda al otro.

Sin embargo, esta diferenciación asume como elemento de diferenciación de la solidaridad un presupuesto que se encuentra en la acepción vulgar del término, más

que en el sentido sociológico *stricto sensu* que la disciplina ha construido a partir de los aportes clásicos de Émile Durkheim (1993). Ha sido el sociólogo francés quien ha caracterizado a la solidaridad como un “sentimiento de unión” entre los agentes sociales. La solidaridad, pues, no implica en sí misma una valoración del agente social que se integra al otro, sino más bien una condición estructural de las colectividades humanas que habilita la posibilidad de la integración social. La perspectiva estructuralista durkheimiana entiende a la solidaridad como un hecho social, es decir, como “una manera de obrar, sentir y pensar” de las colectividades humanas (Durkheim, 1993). En su clásico trabajo sobre la división social del trabajo, entendida como la institución social que fundamenta la diferenciación entre colectividades simples y homogéneas, entre otras que son complejas y heterogéneas, Durkheim (1993) señala que existen diversos modos de solidaridad social. En las primeras sociedades, dada la poca diferenciación funcional, prima la solidaridad “mecánica”, sustentada sobre las semejanzas sociales que es posible advertir en los distintos miembros de la colectividad. Por el contrario, en sociedad con una división social del trabajo extendida, y por ello, con una profusa diferenciación funcional, la solidaridad social es “orgánica”, sustentada sobre las diferencias y la necesidad de complementación entre los distintos agentes sociales. De tal modo que, incluso en sociedades complejas, como la sociedad contemporánea, la posibilidad de integración social sólo es observable en términos de “solidaridad orgánica”. Sin embargo, Durkheim (1993) advierte con claridad que esta forma de solidaridad puede asumir una modalidad “patológica”, la cual se manifiesta en las crecientes pautas de interacción individualistas en el marco de la consolidación de la ausencia valorativa de las sociedades modernas. En este sentido, su clásico estudio sobre el suicidio, entendido desde una perspectiva sociológica, presupone la existencia de esta baja integración social en el tipo social del “suicidio egoísta” (Durkheim, 1998). Con ello, la “ausencia” de solidaridad podría entenderse como una consecuencia peculiar de aquellas sociedades en donde prima el interés individual por encima del interés colectivo.

Similar conclusión es elaborada, desde una perspectiva sociológica diferente, por el otro gran clásico de la Sociología: Max Weber (1998). Sostiene Weber (1998) que la sociedad moderna se caracteriza por el privilegio que otorga a la acción racional con arreglo a fines, la cual funda su eficacia en la racionalización de los medios disponibles que cuenta el agente social para alcanzar fines propuestos. De este modo, la instrumentalización de la vida cotidiana se manifiesta en la racionalización de las prácticas diarias, en donde la acción racional con arreglo a valores es excluida, o al menos reclusa a una menor valoración.

Hoyos (2013), por su parte, sostiene que la racionalidad del agente social ha sido entendida durante al menos los últimos cuarenta años como un modo de cálculo entre medios disponibles y fines propuestos vinculados a el “egoísmo racional”: es decir, que siempre que el actor social se comporta en términos de racionalidad, lo hace privilegiando sus propios intereses en detrimento de los intereses de un colectivo social más amplio. Tanto la reflexión ética como política, al igual que la filosofía práctica, han ofrecido una plétora de ataques a este presupuesto. Sin embargo, el utilitarismo como filosofía práctica que reflexiona sobre la moralidad de los actos humanos, se sustenta sobre la premisa que de que todo comportamiento moral se apoya en la consideración de un egoísmo racional que, en última instancia, redunde en un beneficio colectivo. Sobre esta posición utilitarista se han construido no sólo las grandes teorías económicas que refuerzan el ideario capitalista moderno, sino también incluso posiciones teóricas del campo de la ciencia política que refrendan el hecho de que los comportamientos políticos son, en última instancia, el resultado de un cálculo racional fundado en la concepción egoísta de actores políticos bien informados que maximizan sus beneficios a partir de la evaluación de los medios disponibles para alcanzar ciertos fines específicos. No obstante, tal como expresa Hoyos (2013):

“No puede ser pasado por alto, por supuesto, el hecho de que una importante sugerencia crítica contra el utilitarismo está en la idea de que no es necesario buscar modelos alternativos de racionalidad, como en los casos de John Rawls y Amartya Sen, por ejemplo, sino que es forzoso

reconocer que hay fuentes no racionales de la valoración y de la acción moral” (Hoyos, 2013, 37).

En consecuencia, a los efectos del análisis de los datos recolectados en la investigación empírica, se considera como “egoísta” una posición del agente social en la cual se privilegia el cálculo racional individual por encima de la consideración de los otros, especialmente en lo que se vincula con las consecuencias (estimables) de su propia acción. De este modo, el egoísmo adquiere significación sociológica en tanto que se considera una actitud que lesiona la posibilidad de integración social a colectivos de diverso grado de amplitud y estructuración.

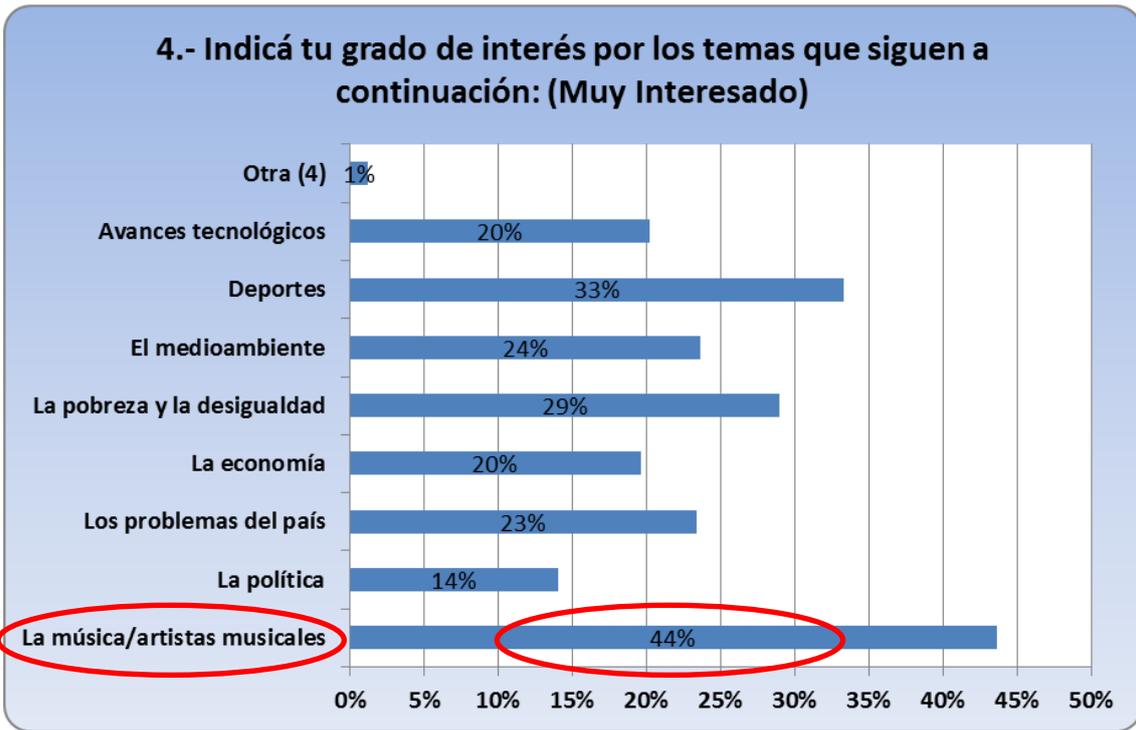
IV. Análisis de los resultados empíricos.

La revisión de algunos elementos teóricos, analizados en la sección previa, habilita pues, la posibilidad de realizar el análisis de los resultados empíricos de una indagación exploratoria realizada sobre el recorte poblacional específico, en el marco de la investigación conducida en el Instituto de Investigaciones Sociales (INSOD) de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), bajo la dirección de la Dra. Diana Barimboim. El proyecto de investigación, titulado “Tendencias egoístas en los jóvenes de hoy; sus consecuencias en los vínculos familiares y sociales”, implicó la realización de un trabajo de recolección y análisis de datos de primera mano. Para ello, se condujo la realización de una muestra probabilística por conglomerado estratificada, polietápica. La investigación se propuso como sincrónica, debido a los límites específicos de medir al grupo encuestado en períodos diferentes. El tamaño de la muestra fue de 400 casos, con un margen de error de +/- 5%, y un nivel de confianza del 95%. De primera mano, se establecieron los estratos a partir de los recortes poblacionales establecidos en los objetivos de investigación (subgrupos de 20 a 25 años y 26 a 30 años). El criterio de inclusión exigió determinar el nivel socio-económico de las unidades muestrales, de modo tal que se tomó como criterio el NSI establecido según INDEC. Como técnica de recolección de datos se privilegiaron tanto la realización de una encuesta, realizada ad hoc a partir de escalas actitudinales de

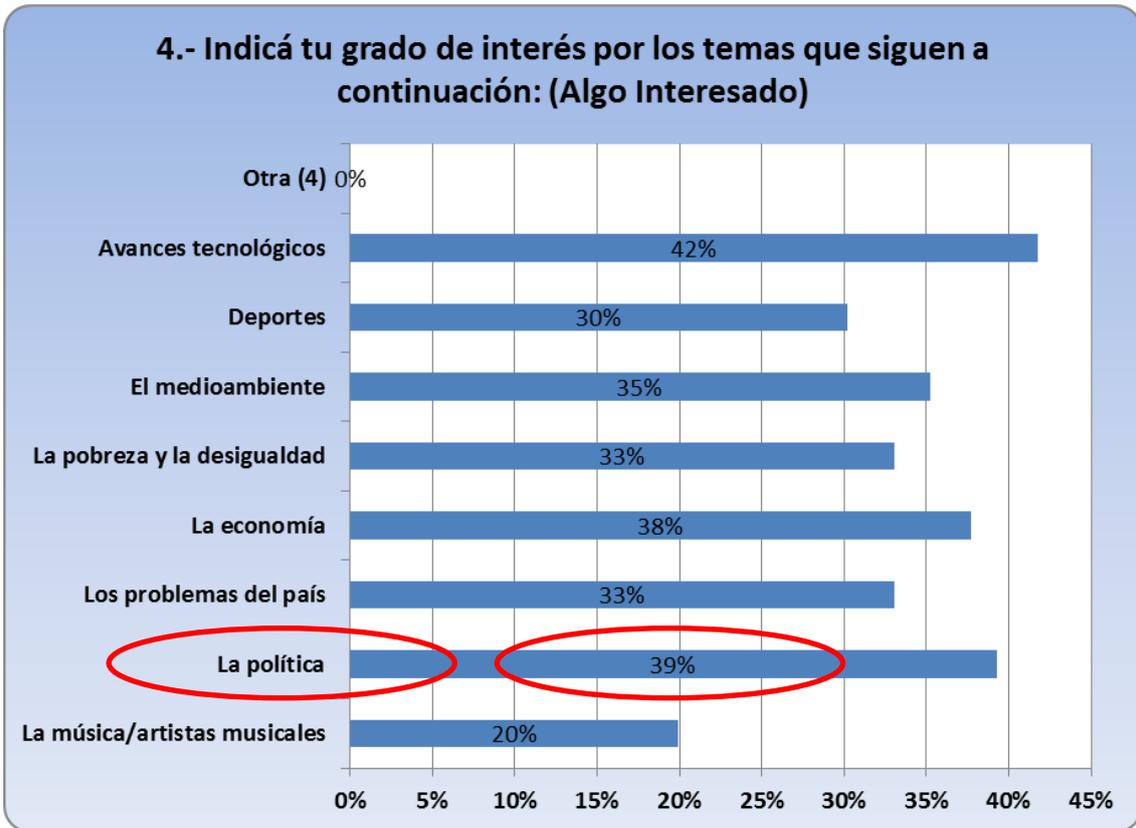
Lickert de validez y confianza ampliamente comprobada, al mismo tiempo que la entrevista, con la pretensión de recuperar elementos cualitativos que ofrecieran la posibilidad de enriquecer la interpretación de los datos cuantitativos. De este modo, la estrategia metodológica implicó la triangulación inter-metodológica (Cantor, 2003), lo cual ofreció la posibilidad de aumentar el grado de certidumbre de los datos construidos en la fase de construcción de los datos empíricos. Para el análisis de los datos, se privilegió el análisis de contenido, en el caso de las entrevistas cualitativas, y la realización de un análisis estadístico, para los datos cuantitativos.

Una primera pregunta de investigación, que se tradujo en un objetivo específico de la pesquisa, consistió en reflexionar sobre el carácter que asumen las actitudes y conductas centradas “en el sí mismo” de los jóvenes que conformaron la unidad de análisis del trabajo de indagación. Del análisis de los datos, se puede observar en existen algunos indicadores que reflejan una actitud que privilegia el sí mismo por encima del colectivo social del cual conforman parte. Por ejemplo, al preguntárseles por los temas que les resultan más interesantes o menos interesantes, un 39% de los encuestados señaló que se encuentra “algo interesado” en la política, mientras que un 29% señaló que, directamente, la política “no le interesa”. Si se parte del supuesto que la política implica la necesidad de una praxis colectiva, con definiciones sociales de lo que se pretende alcanzar por medio de ella, se observa una clara manifestación de un privilegio de lo individual por encima de lo colectivo. Estos datos, asimismo, confirman ciertas afirmaciones realizadas en la literatura especializada sobre las nuevas generaciones, en especial en cuestiones vinculadas con una actitud más bien apática de los jóvenes con relación a la política y las prácticas vinculadas con ella.

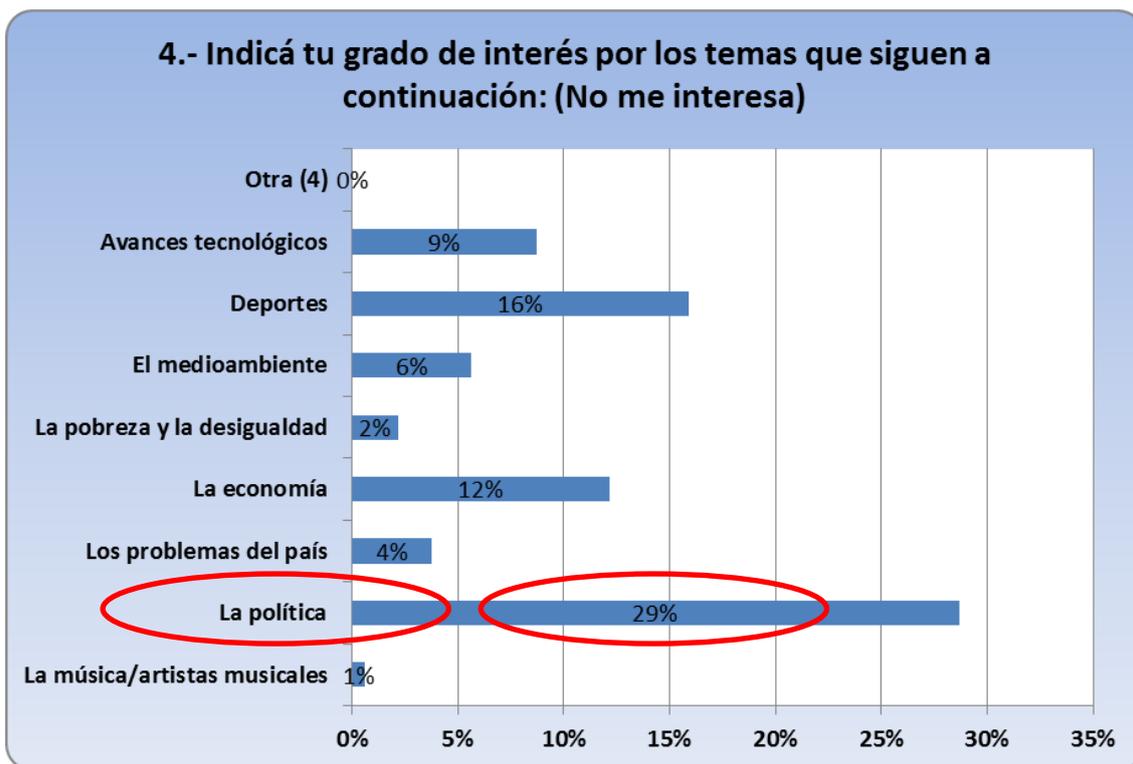
Por otro lado, al preguntárseles a los encuestados cuáles eran los temas de su mayor interés, un 44% respondió que se encontraba “muy interesado” en la música o los artistas musicales, lo cual se traduce en un tipo de comportamiento individual, en tanto que las conductas tendientes a la apreciación musical no implican la vinculación colectiva con los otros. A continuación, se reproducen los resultados completos de lo señalado previamente:



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).



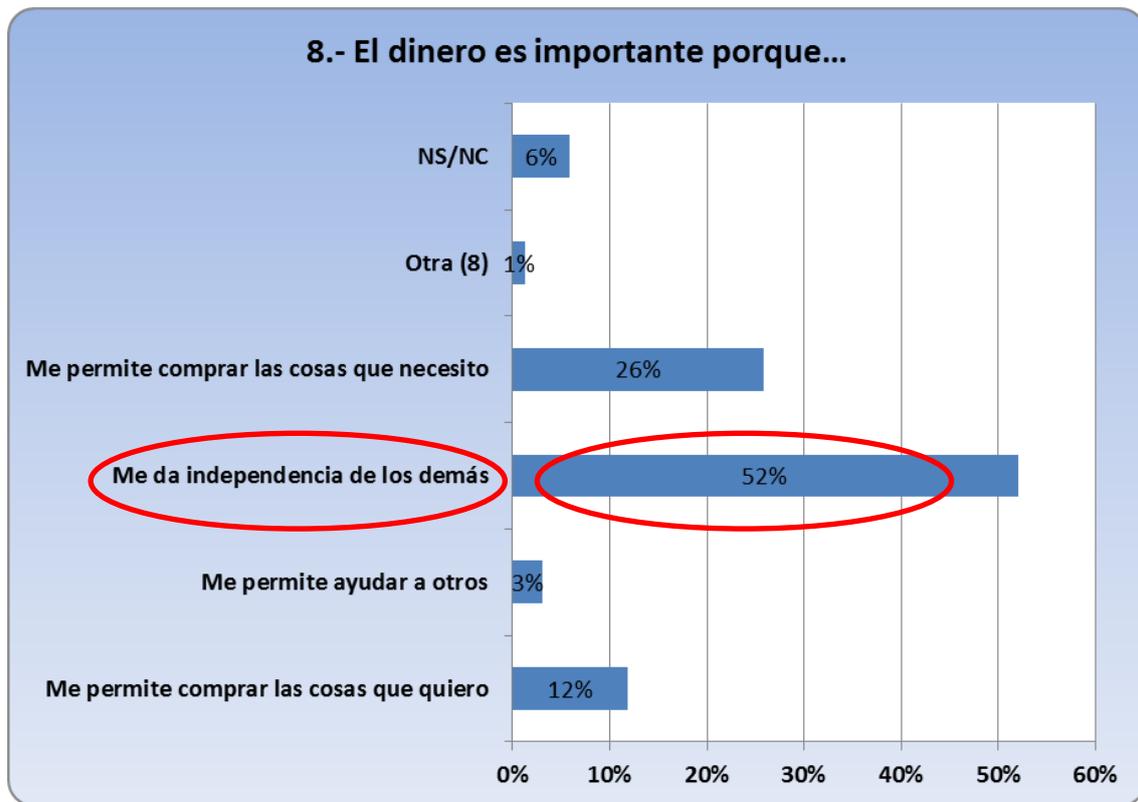
Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Por otra parte, se puede advertir una actitud centrada en el sí mismo en la asignación de sentido que los jóvenes le ofrecen al dinero. En este aspecto, la literatura especializada señala que los jóvenes de la actual generación son egoístas en virtud del manejo del dinero que hacen, generalmente orientado a la satisfacción de intereses individuales. Por ello, la utilización del dinero generalmente se sitúa hacia el cumplimiento de placeres hedonistas y no necesariamente hacia el gozo de beneficios que involucren a los otros en el cálculo del bienestar, sea real o imaginario. Feng (2011) señala que la característica distintiva de la juventud en el contexto histórico actual se adhiere a una relación diferente con el dinero. En gran medida, esto se debe a que los jóvenes de las actuales generaciones han crecido en contextos de bonanza económica, lo cual conduce a que hayan subjetivado un modo de vinculación con el dinero abocado a la satisfacción inmediata; se privilegia la complacencia en el “aquí y ahora” frente a la perspectiva del ahorro y el cálculo del futuro. El trabajo de

recolección empírica confirma esta apreciación, tal como se manifiesta en el siguiente gráfico:



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Un 52% de los encuestados señalan que el dinero es la posibilidad de alcanzar independencia económica de los demás. Al mismo tiempo, un 26% reconoce que les permite comprar las cosas que necesita, mientras que un 12% señala que el dinero es el medio para comprar las cosas que desea. De este modo, sólo un 3% explica que el dinero es un medio que sirve para ayudar a los otros. De esta manera, se manifiesta una actitud centrada en el sí mismo en contraposición a la posibilidad de contar con los medios económicos para hacerse de bienes que pudiesen mejorar la condición de vida de los otros.

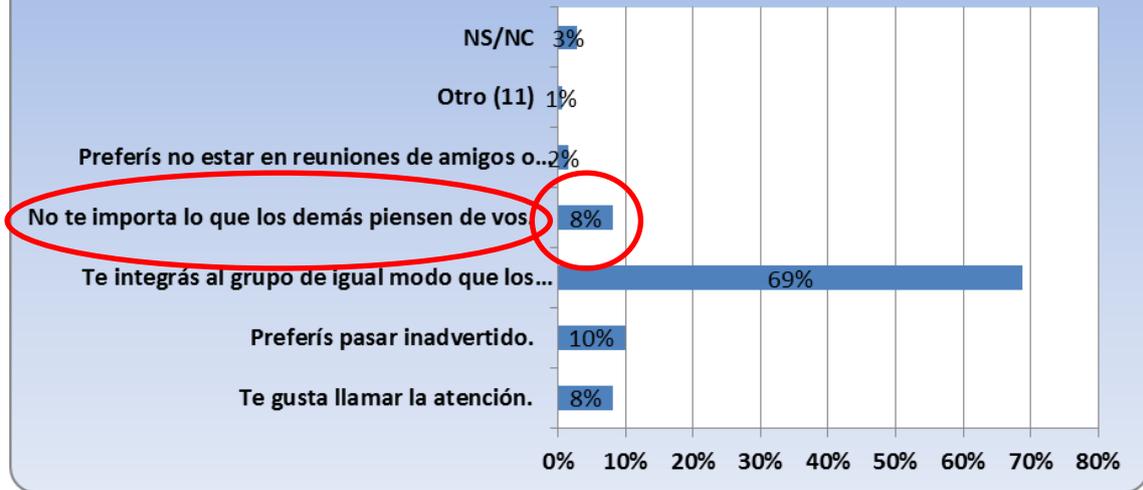
Por otro lado, al profundizar sobre las actitudes centradas en el sí mismo y en la percepción de la auto-imagen, resulta significativo evaluar el grado de centralidad que asume la propia figura y su modo de vinculación con el colectivo social mayor al cual

pertenecen. En este sentido, si bien no fue seleccionada como primera mención (lo cual es considerado legítimo, en virtud de las expectativas sociales generadas sobre la respuesta que puede ser evaluada por el propio agente como “socialmente deseable”, tanto en segunda como tercera mención se muestra de manera notable la impronta del “sí mismo” al considerar el modo en el cual los jóvenes se incorporan en reuniones sociales de pares. De esta manera, de modo agregado a partir de las tres primeras menciones, un 63% de los encuestados señalaron que “no le importa lo que los demás piensen de él”. Esta respuesta, analizada de manera aislada podría conducir a considerar que los jóvenes en el contexto social actual disponen de mayor seguridad ontológica (Giddens, 1998), en virtud de la ampliación de la confianza básica y en su mayor grado de autonomía para el desenvolvimiento de las relaciones sociales. Sin embargo, analizada la respuesta con relación a la auto-percepción de la imagen del propio cuerpo y de los demás, es probable que el análisis permita afirmar que existe una consideración privilegiada del “yo” por encima de los “otros”, y una prescindencia de las expectativas de “aquellos” en el desenvolvimiento de las relaciones sociales en situación de co-presencia. ¿Puede esto estar motivado por la generalización de las instancias de interacción mediadas por dispositivos tecnológicos, lo cual conduce a una menor frecuencia de las interacciones cara a cara? Para algunos especialistas (Giddens, 1998), la generalización de dispositivos tecnológicos que median las relaciones sociales en situación de co-presencia generan una transformación de la vida íntima y de la consideración del “yo” en relación con los “otros”.

Al mismo tiempo, resulta menester señalar que la consideración mayor a las prácticas individuales que colectivas profundizan modos de auto-validación que operan como justificaciones de las acciones particulares. Es decir, los jóvenes de hoy justifican sus comportamientos a partir de su propia asignación de sentidos, sin requerir una valoración de autoridad que pudiese provenir de la legitimación de los otros.

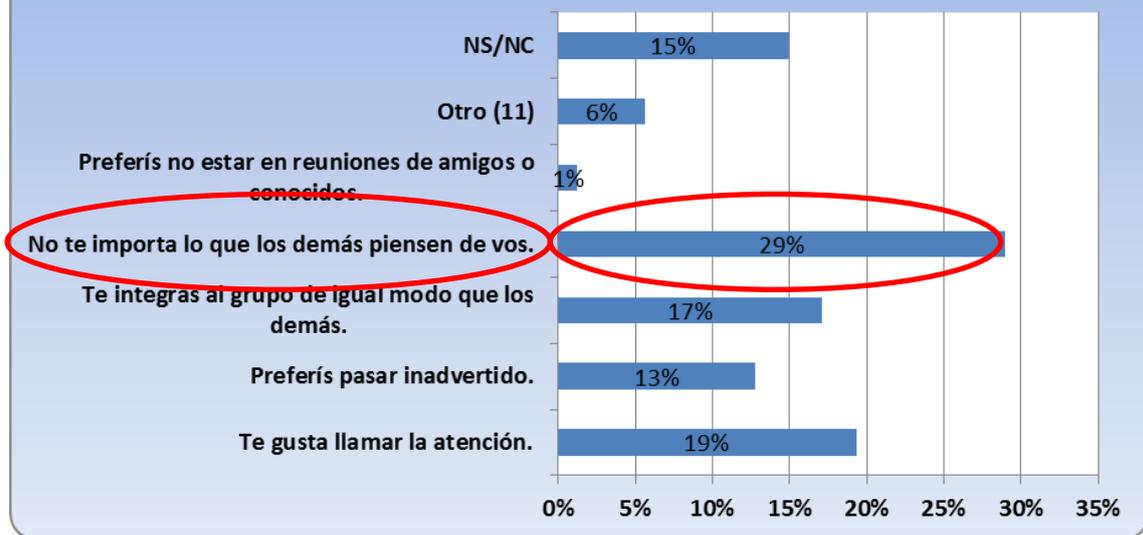
A continuación se reproducen los valores agregados de las tres primeras menciones a partir de la consulta sobre la incorporación del agente social en reuniones de pares:

**11.- Cuando estás en una reunión de amigos o conocidos...
(Primera Mención)**



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

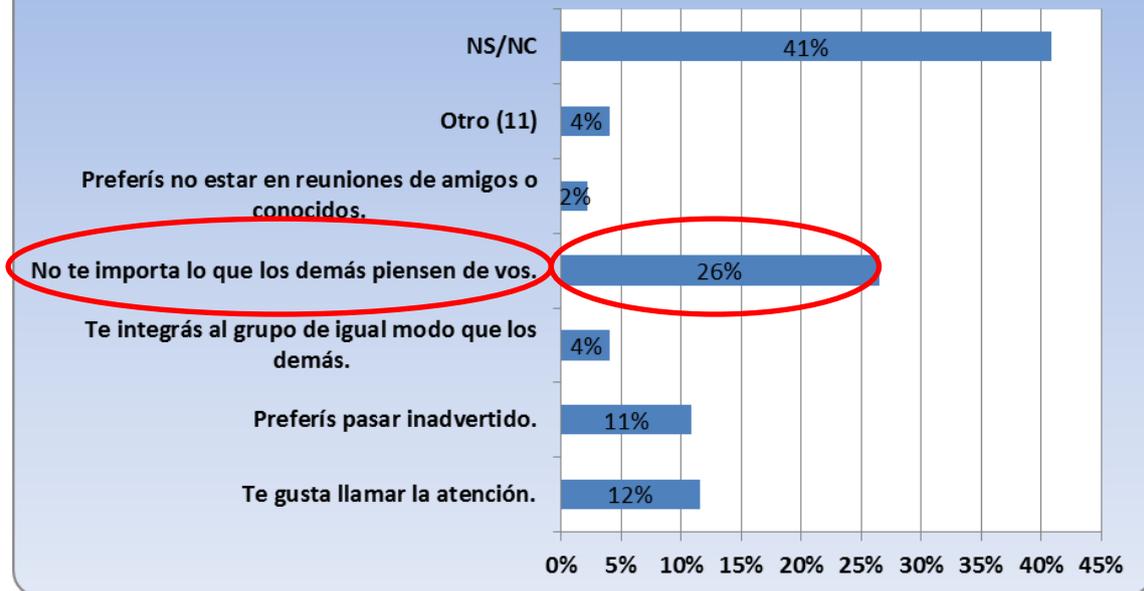
**11.- Cuando estás en una reunión de amigos o conocidos...
(Segunda Mención)**



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

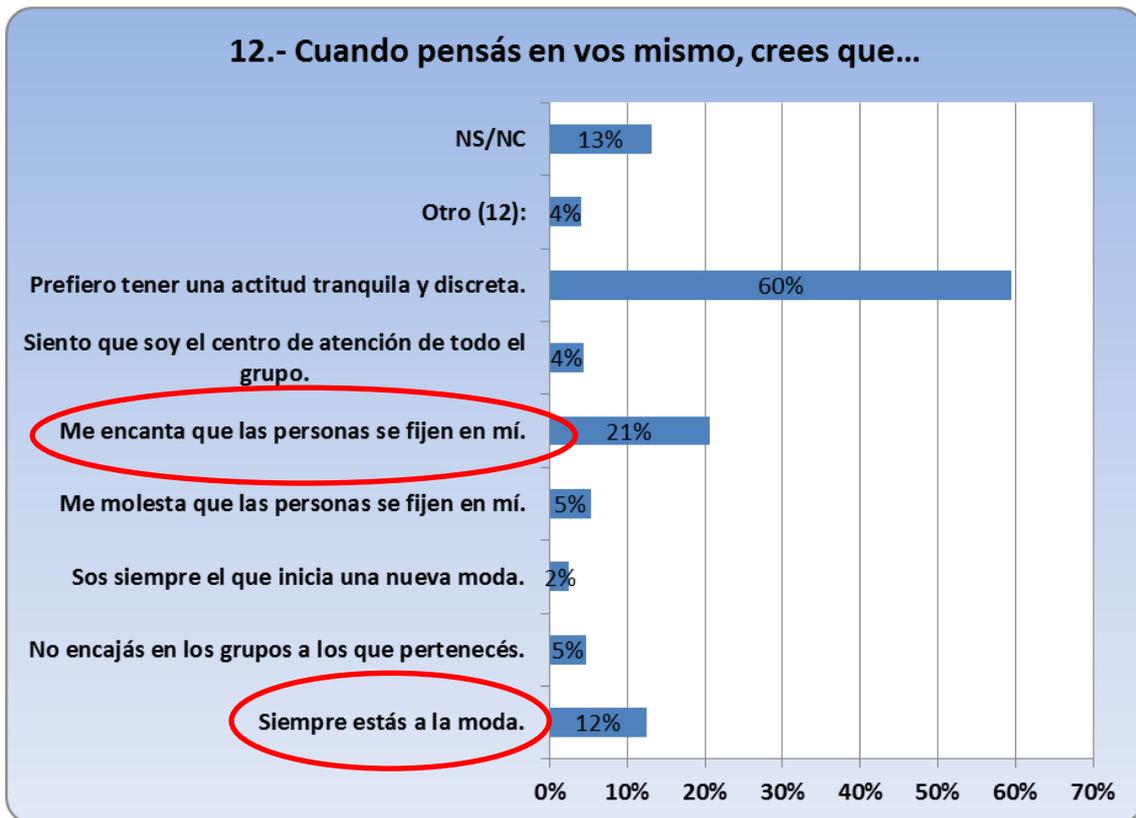
Nótese que la primera respuesta es significativa menor con relación a la segunda mención. Es posible considerar que tal situación se debe, en alguna medida, a una consideración de lo “socialmente aceptable”, lo cual problematiza la posición de autovalidación que sustentan discursivamente los jóvenes.

11.- Cuando estás en una reunión de amigos o conocidos... (Tercera Mención)



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Por otra parte, la auto-valoración de los jóvenes se advierte, también, en el modo en el cual ellos evalúan la auto-imagen con relación a los demás. La recolección del material empírico en el caso de la muestra seleccionada, sin embargo, no confirma de manera rotunda los elementos teóricos que son posibles de reconocer en la literatura especializada. En ella (Bauman, 2008), se referencia principalmente el hecho de que los jóvenes en el contexto histórico contemporáneo cuentan con una actitud fuertemente egocéntrica, fundada en la valoración positiva de la imagen propia y en el desconocimiento de los demás como elementos significativos de tal valoración. El trabajo de campo, sin embargo, reveló que un 60% de los encuestados prefiere mantener una actitud reservada y tranquila, frente a un 42% (agregado en diversas alternativas de respuestas) que indicó que le gusta conformar el centro de atención del grupo (ya sea en sentido positivo o negativo). De este modo, las consideraciones personales de la imagen y del rol desempeñado en el grupo de pares, si bien no se correlaciona con los datos teóricos, no deja de resultar significativo en virtud de ellos. Se resumen a continuación los datos recabados en el trabajo de campo:



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Por otra parte, la confianza en la auto-imagen también se manifiesta en la consideración positiva que asume la propia conducta en los demás. De este modo, el modo de valoración de los demás tienen sobre la propia conducta ayuda a reafirmar la seguridad ontológica (Giddens, 1998) al tiempo que consolida una auto-imagen que requiere de la validación de los otros para perdurar y confirmarse en el tiempo.

La seguridad ontológica es un concepto desarrollado por Giddens (1995) en base a los desarrollos de los psicólogos Winnicott y Eriksson, quienes consideraban que la conformación de la subjetividad en las primeras instancias de socialización se desarrolla en la dialéctica de situaciones de presencia y ausencia con los primeros cuidadores. De este modo, la seguridad ontológica es algo que se “obtiene” por medio de la socialización primaria, y en estrecha relación con la vinculación con los “otros significantes (Berger y Luckmann, 2003).

Según los datos recuperados en el trabajo de campo:

13.- Cuando las personas de elogian, vos sentís que... (Primera Mención)

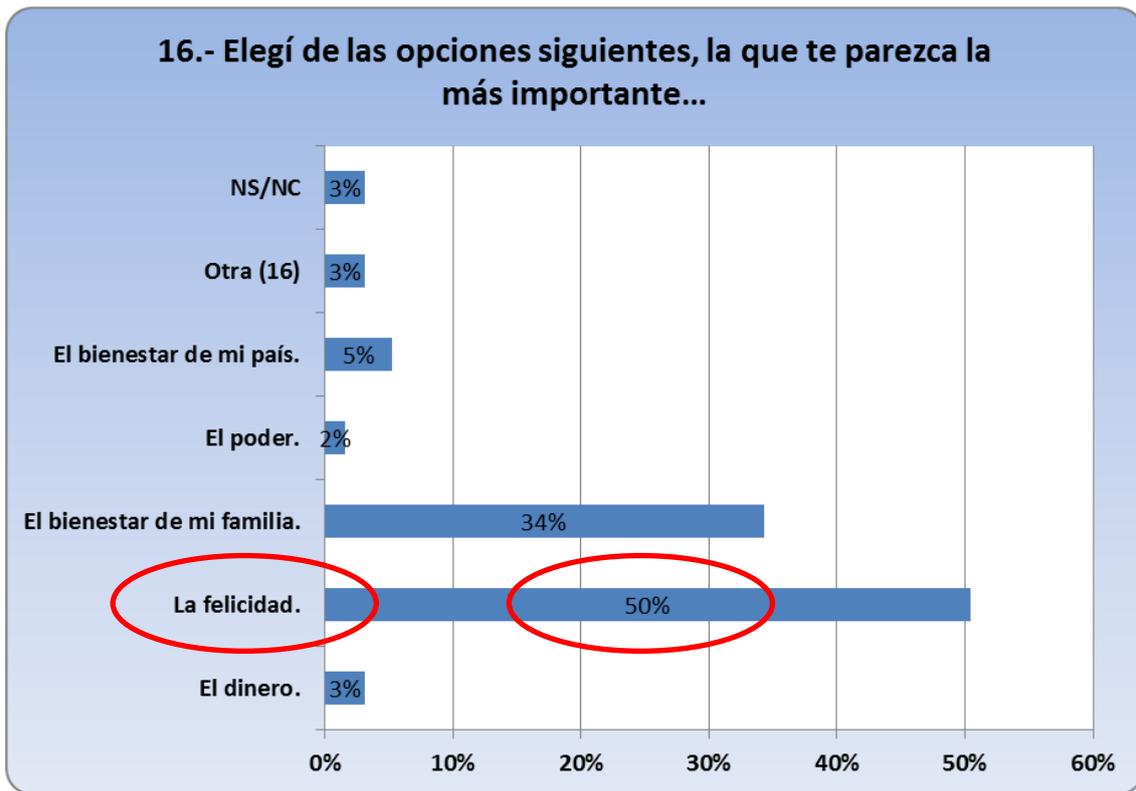


Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Con relación a las proyecciones a futuro, una importante mayoría (66% de los encuestados) explica que preferiría conformar una estructura laboral donde ellos fueran sus propios jefes. De este modo, tal como se señala en la literatura especializada en la temática (Smola y Sutton, 2002), los jóvenes de la generación actual privilegian la independencia y las estructuras de empleo más flexibles y menos rígidas. No se integran adecuadamente a las estructuras burocráticas, prefiriendo de tal modo la posibilidad de seguir una trayectoria laboral más libre. Smola y Sutton (2002) señalan que el significado del trabajo ha cambiado a través de los siglos. Con una generación X que pedía por salarios altos, contratos de trabajo flexibles, y mayor ayuda financiera, la próxima generación iría cada vez por más. Los valores definen lo que la gente cree que esta fundamentalmente correcto o incorrecto, y los valores de trabajo aplican tales definiciones sobre lo bueno y lo malo al ámbito laboral. Por ello, son los estándares de evaluación relacionados al ámbito laboral por el que los individuos discernen lo que es correcto o incorrecto. Los resultados sugirieron que los valores de la generación X son significativamente diferentes de aquellos de los baby boomers (la

generación de la década del '60). Los nuevos empleados parecían tener menor lealtad a la compañía y una orientación mayor hacia su propio progreso. En este sentido, deseaban ser promovidos más rápido que sus contrapartes mayores y se sintieron menos atraídos a la idea de que el trabajo debe ser una parte importante en la vida, pero más proclives a dejar el trabajo si ganaran o heredaran una gran cantidad de dinero. Estos resultados reflejan un movimiento en la sociedad alejándose de ser un "hombre de compañía" hacia una percepción del trabajo que le asigna menor importancia, donde el valor personal no se define en lo que hace en su trabajo o cuán arduo dicho trabajo se realiza. Los valores de trabajo están más influenciados por las experiencias generacionales que por la edad y la maduración. Mientras que estos últimos siguen siendo importantes, lo son en menor medida de lo que se percibe a primera instancia. En esta línea de reflexión, se percibe al empleo como un medio de desarrollo individual, y no como un espacio de socialización de significación en donde se tejen relaciones sociales importantes para el curso de la vida. Con ello, se observa una preeminencia de actitudes egoístas por encima de la conformación de redes sociales de contención.

Por otro lado, al solicitarle a los encuestados que seleccionaran una serie de afirmaciones con las cuales se mostraran de acuerdo, resulta llamativo que un 50% de los jóvenes consultados respondiese que lo más importante para ellos era la "felicidad", frente a otras opciones tales como "el bienestar de su país" o "el bienestar de su familia". De este modo, puede interpretarse que la elección de la "felicidad" por encima de otras opciones con clara referencia a una noción de integración en colectivos sociales de mayor o menor envergadura (la nación, la familia) indica un privilegio de instancias de realización individual por encima de otras de carácter colectivo. En este sentido, la valoración que se le ofrece a la noción de "felicidad" debe vincularse con la posibilidad de alcanzarla por medios individuales y egoístas, en vez de ser mediada por instancias sociales de integración a ciertas instituciones sociales fundamentales tales como la familia o la comunidad nacional. A continuación se presenta la información recabada en el trabajo de campo de manera sintetizada en un gráfico:



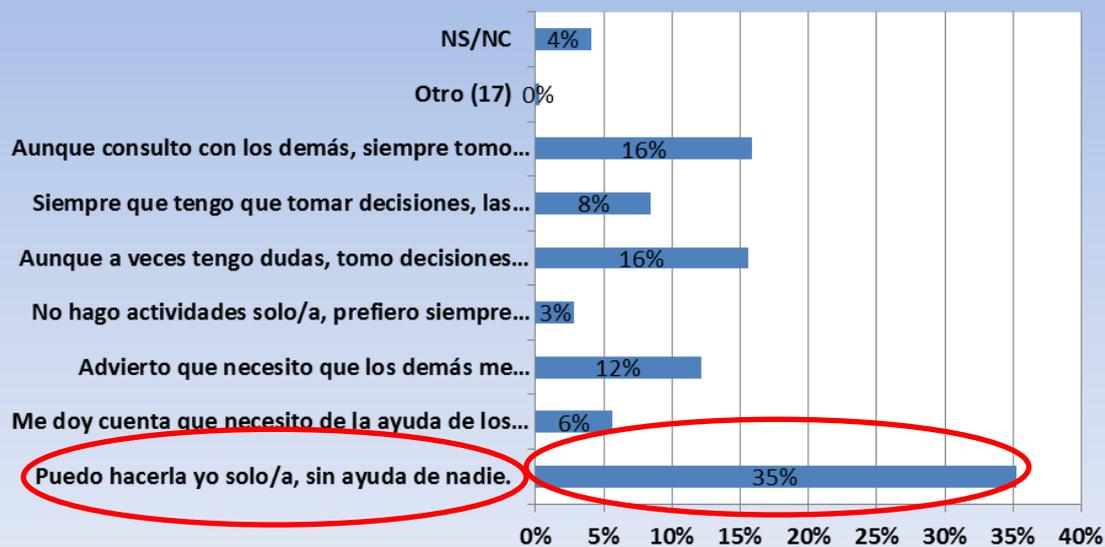
Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Una actitud similar es posible de ser reconocida en el caso de la realización de actividades de cualquier tipo. Frente a la consulta a los encuestados respecto de la necesidad de contar con otros al momento de realizar una actividad, un 35% de los jóvenes consultados explicó que “no necesitan de la ayuda de los otros” para realizar la actividad. Ello revela, una vez más, la preeminencia de una posición centrada en el “sí mismo” frente a la integración en colectivos sociales de diverso grado de estructuración.

Al mismo tiempo, esta actitud daría señales de un mayor grado de independencia por parte de los jóvenes. Sin embargo, queda aún pendiente de verificar si tal consideración es “real” o “imaginaria”, en el sentido que no puede afirmarse que efectivamente los jóvenes ratifiquen esta pretendida independencia en el desarrollo de sus actividades cotidianas.

A continuación se resumen los datos recolectados en el trabajo de campo:

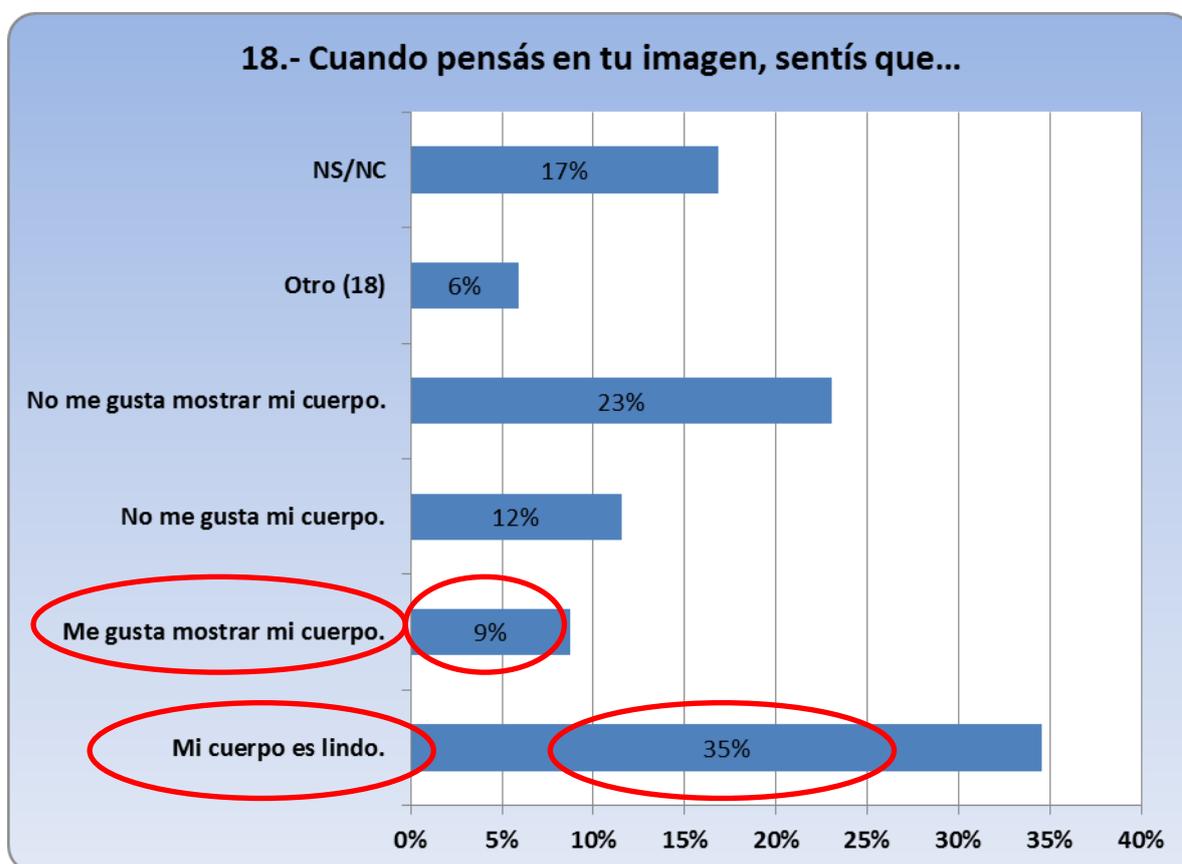
17.- Cuándo llevo adelante una actividad, siento que... (Primera Mención)



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Por otra parte, Bauman (2008) señala que en la “era de los líquidos” (tal el modo de referirse a la sociedad contemporánea), las nuevas generaciones asumen una posición más centrada en el hedonismo y en la consideración exagerada de la imagen y el cuerpo. Jiménez Bonilla (2003) señala que el cuerpo se convierte en instrumento de comunicación de los agentes sociales, y en virtud de ello, es sometido a una resignificación que no sólo se encuentra sujeta a las modalidades del cubrir y mostrar, propias de la moda, sino más bien a un dominio del propio cuerpo por medio de la capacidad de su modificación. Por ello, la imagen del cuerpo que cada uno de los jóvenes tiene da cuenta de una posición narcisista con relación al mismo. Al mismo tiempo, también señala el modo peculiar en el cual cada agente considera que es “mirado por los demás”. La valoración positiva del cuerpo y de la auto-imagen se encuentra en correlación con la percepción que los propios agentes hacen sobre sus capacidades para dominar, doblegar su cuerpo a las expectativas tanto sociales como individuales (en una compleja dialéctica de permanente retro-alimentación). En el caso del trabajo de campo realizado, un agregado del 44% de los encuestados señaló que le gusta su cuerpo o le gusta mostrar su cuerpo, mientras que un agregado total del 79%

de los encuestados se siente conforme con su imagen, al señalar que aceptan y valoran positivamente el modo en el cual tal imagen es considerada por los demás. Según los datos recolectados:



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

Al mismo tiempo, al solicitarles a los jóvenes que evaluaran su personalidad con la del resto de sus grupos de pertenencia, mientras un 36% consideró que “era uno más del montón”, es decir, que no había en su personalidad un elemento que destacara por encima de sus pares, un 32% (un valor muy similar) señaló que su personalidad “era única”, y por ello, que se distinguía por encima de los miembros del grupo de pertenencia.

Por otro lado, se les consultó a los encuestados respecto de la consideración de algún ídolo o modelo de rol, frente a lo cual el 58% de los jóvenes consultados respondió que no contaba con ninguno. Esta carencia o vacío de modelos se vincula nuevamente con

una característica de las generaciones actuales, quienes encuentran un vacío valorativo, y por ello, una dificultad para sentirse identificados con un conjunto de elementos normativos o actitudinales que son posibles de reconocer en algún “otro”. La centralidad que asume el “yo” en la sociedad contemporánea conduce a una carencia en la posibilidad de conformar identificaciones significativas con otros.

Sin embargo, resulta necesario problematizar algunos datos que generalmente son asumidos como un “sentido común” en la bibliografía vinculada con las nuevas generaciones. De manera muy general, se explica que los jóvenes privilegian las relaciones mediadas por dispositivos tecnológicos, más que las relaciones sociales en situación de co-presencia. No obstante, el trabajo de campo realizado revela que un 85% de los encuestados afirma “tener amigos”, es decir, formar parte de grupos de pares. De ellos, un 55% señala que prefiere vincularse con ellos en relaciones cara-cara, es decir, personalmente. Un 34% de los encuestados indica que “le da lo mismo el medio de comunicación”, pero tan sólo un 7% indica que lo hace por dispositivos tecnológicos que desanclan la relación social en términos espacio-temporales. De este modo, frente a lo señalado por gran parte de la literatura, se advierte que los jóvenes cuentan con redes sociales de grupos de pares, y que con ellos se busca la relación personal y cercana, frente a la posibilidad de establecer vínculos más anónimos.



Fuente: Elaboración propia (Barimboim, Bonelli y Maioli, 2014).

V. Algunas conclusiones preliminares

El análisis de los datos recolectados a partir del trabajo empírico revela que ciertos elementos que son referenciados como característicos de los jóvenes en el contexto de la sociedad contemporánea se verifican.

En general, se puede afirmar que los jóvenes de la generación actual son los primeros en nacer en un mundo digital, lo cual les ofrece un mayor grado de movilidad. Cuentan con tecnologías y herramientas de comunicación a su alcance, lo cual les facilita la posibilidad de conseguir grandes cantidades de información, si bien no se caracterizan por la búsqueda profunda de los determinantes de la misma. Es decir, la apropiación que hacen de la información es más bien superficial e instrumental. Por otro lado, el desarrollo de las redes sociales los compele a que las integren a su vida cotidiana; de este modo, la tecnología es un elemento presente en el desarrollo de las actividades diarias. Sin embargo, no desarrollan la totalidad de sus relaciones sociales mediadas por las tecnologías; privilegian el contacto cara a cara, especialmente con el grupo de pares. Se muestran preocupados por las problemáticas del mundo moderno, tales como la pobreza o la desigualdad; sin embargo, son apáticos en términos políticos, y tal preocupación no implica un incentivo positivo para la conformación de instancias de participación colectiva o política. Es decir, si bien participan activamente en la comunicación de iniciativas de índole social, dicha participación aún parece ser algo superficial y poco comprometida.

Por otro lado, además de su clara y fuerte relación con la tecnología, presentan rasgos consumistas y de muy alta autoestima, a veces sobre-exagerado. Son optimistas, pues han crecido en tiempos de prosperidad. También son criticados por ser materialistas, algo egoístas, y orientados solo por sus propios objetivos, con una posible sobrecarga de autoestima. Se suelen aburrir con facilidad, con períodos cortos de atención, y prefieren Internet como fuente principal de información, antes que la lectura de un libro. No les gustan las tareas rutinarias. En general, desean lograr un buen balance vida/trabajo, y vivir el momento, por lo que les interesa un ambiente de trabajo

flexible, opuesto al horario de trabajo tradicional. Es de resaltar su alta confianza en sí mismos, devenida en narcisismo, y el hecho de que muchos se encuentran motivados en adquirir habilidades para mantenerse altos en el mercado laboral, por lo que están constantemente preocupados, aún luego de graduados, de sumar nuevas destrezas.

Con todo, es posible advertir que existen tendencias egoístas en los jóvenes de hoy, si bien no debe entenderse que tales tendencias son absolutas. Por el contrario, en contextos donde “todo lo sólido se desvanece en el aire (Berman, 2007), lo cierto es que las tendencias hacia la auto-satisfacción, el hedonismo y el narcisismo se encuentran en clara convivencia con estructuras donde aún las instancias colectivas de integración social conviven, en una disputa por la centralidad de las mismas en la vida cotidiana que aún no reconocen un claro ganador.

Sin embargo, es cierto que los jóvenes de hoy priorizan sus intereses personales por encima de los colectivos, al mismo tiempo que desdeñan la integración en estructuras que tradicionalmente operaron como instancias de conformación de una identidad colectiva mayor. Si bien no es posible afirmar de manera absoluta la preeminencia del egoísmo como actitud central de su vida cotidiana, resulta factible afirmar que en ciertos campos o áreas de actividad se privilegia una posición egoísta con relación al colectivo social mayor.

La interpretación respecto de los motivos que conducen a estas posiciones centradas en el “sí mismo” no reconoce una causalidad monista. Por el contrario, desde la perspectiva constructivista social (Berger y Luckmann, 2003), es posible afirmar que las transformaciones sociales de carácter estructural impactan en la subjetividad de los agentes sociales, al tiempo que tales transformaciones conducen a una alteración de las estructuras institucionales tradicionales. Esta “reflexividad institucional” (Giddens, 1998) a la cual se refiere en el contexto de modernidad radicalizada implica una modificación de las tramas de significación institucionalizadas, de las cuales los jóvenes de hoy son un emergente. La “fragilidad” institucional característica de las sociedades contemporáneas (Bauman, 2008), caracterizadas por la existencia de instituciones sociales que se “licúan”, conduce a considerar una pérdida de marcos de significación y

valoración desde los cuales los jóvenes de hoy puedan otorgar un sentido más sedimentado a sus prácticas cotidianas. Frente a esta virtual anomia, no resulta llamativo que los agentes sociales se vuelquen a sí mismos como anclaje para la fundamentación de sus prácticas cotidianas. En cierto sentido, se puede incluso arriesgar que tal condición asume la modalidad de una nueva búsqueda de “seguridad ontológica” (Giddens, 1998) frente a los desafíos de la sociedad globalizada.

Sin embargo, no pareciera ser que tales desafíos fuesen de sencilla resolución. Se advierte la posibilidad de que, frente a la inestabilidad propia de los lazos sociales en el contexto de esta modernidad radicalizada, los agentes sociales se vean “obligados” a resolver las tensiones y la angustia que trae aparejado ello a nivel de su propia subjetividad. Esta “negociación subjetiva” (Maioli, 2015) supone, pues, la resolución dialéctica que, en términos de la conformación de la identidad del “yo”, opera para integrar adecuadamente la inestabilidad contingente de las estructuras sociales objetivas.

VI. Bibliografía

1. BAUMAN, Zygmunt (1999) *La Globalización. Consecuencias humanas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
2. BAUMAN, Zygmunt (2008) *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
3. BECK, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
4. BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (2003) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
5. BERMAN, Marshall (2007) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México D.F.: Siglo XXI.
6. BOURDIEU, Pierre (1987) *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
7. BOURDIEU, Pierre (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

8. CASTELLS, Manuel (2003) *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura, volumen III: fin del milenio*. México D.F.: Siglo XXI.
9. DURKHEIM, Émile (1993) *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza.
10. GIDDENS, Anthony (1984) *La constitución de la sociedad*. Barcelona: Península.
11. GIDDENS, Anthony (1997) *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Madrid: Península.
12. GIDDENS, Anthony (2000) *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México D.F.: Taurus.
13. GRIMSON, Alejandro (2011) *Los límites de la cultura. Crítica a las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
14. HOYOS, Luis (2013) Cooperación, solidaridad y egoísmo racional. Acerca de la relación entre moralidad y racionalidad. En *Revista de Estudios Sociales*, Nro. 46, Bogotá, mayo–agosto, pp. 24-30.
15. JÍMENEZ BONILLA, Ana (2003) *El cuerpo transfigurado. Estudio semiótico de la belleza femenina en la publicidad impresa*. Cali: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente.
16. MARGULIS, Mario (2009) *Sociología de la cultura. Conceptos y problemas*. Buenos Aires: Biblos.
17. MCRINDLE, Mark y WOLFINGER, Emily (2010) Generations defined. En *Ethos*, Vol. 18, nro. 1, pp. 8-13.
18. SMOLA, Karen Wey y SUTTON, Charlotte D. (2002) Generational Differences: Revisiting Generational Work Values for the New Millennium. En *Journal of Organizational Behavior*, Vol. 23, No. 4, Special Issue: Brave New Workplace: Organizational Behavior in the Electronic Age (Jun., 2002), pp. 363-382
19. WEBER, Max (1998) *Ensayos sobre sociología de la religión, Tomo 1*. Madrid: Taurus.